

Rigoni, Mirtha Laura

Jorge Semprún : el tiempo y la perspectiva del testigo

Preprint del documento publicado en “Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH”, Vol. V, Bagatto Libri, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización de los autores y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rigoni, Mirtha Laura. Jorge Semprún : el tiempo y la perspectiva del testigo [en línea]. Preprint del documento publicado en: Silvestri, Laura, Frattale, Loretta y Lefèbre, Matteo (eds). Rumbos del hispanismo en el umbral del cincuentenario de la AIH. Vol. V. Roma : Bagatto Libri, 2012. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/jorge-semprun-tiempo-testigo.pdf> [Fecha de consulta:]

En Botta, Patrizia (coord.) *Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH*, Vol. V (eds. Laura Silvestri, Loretta Frattale y Matteo Lefèvre), Roma Bagatto Libri, 2012, pp.529-534. ISBN: 9788878061989

Jorge Semprún: el tiempo y la perspectiva del testigo

RIGONI, Mirtha Laura
UBA –UCA
rigoni@argentina.com

Contar la dolorosa experiencia del confinamiento en campos de concentración y exterminio ha sido, durante años, la dura tarea que llevaron a cabo muchos sobrevivientes. Uno de ellos, el español Jorge Semprún, quien estuvo recluido en Buchenwald, Alemania, entre 1943 y 1945, lo ha hecho en cuatro relatos publicados con intervalos más o menos extensos: *El largo viaje* (*Le grand voyage*, 1963), *Aquel domingo* (*Quel beau dimanche!*, 1980), *La escritura o la vida* (*L'écriture ou la vie*, 1995) y *Viviré con su nombre, morirá con el mío* (*Le mort qu'il faut*, 2001)¹. Cada uno de estos textos podría ser considerado como un *híbrido*², pues se encuentra en una zona intermedia entre la novela, la autobiografía y las memorias, e incluso el autorretrato³. «Pues no pretendo un mero testimonio –dice el narrador de *La escritura o la vida*–. De entrada quiero evitarlo, evitarme la enumeración de los sufrimientos y de los horrores. De todos modos, siempre habrá alguno que lo intente» (p.181)⁴.

Es posible señalar que los textos de Semprún sobre Buchenwald presentan las siguientes características, algunas de las cuales no son comunes en el discurso testimonial:

- No surgen por una urgencia o necesidad de comunicación, sino tras el intento deliberado de olvidar lo ocurrido (el autor, que luego de la guerra trabajó en la clandestinidad antifranquista, señaló incluso que se abocó a la política justamente para distraerse y olvidar).
- Salvo *El largo viaje*, estos relatos integran en el recuerdo de esa etapa de la vida de Semprún un par de hechos muy significativos: su posterior conocimiento de la existencia simultánea de los campos de concentración rusos y su distanciamiento del Partido Comunista.
- No se ocupan demasiado de los detalles, de referir minuciosamente lo cotidiano de la vida del campo. Más que los hechos en sí, importa lo que ellos significan. Es decir, los

¹ Jorge Semprún ha escrito en francés la mayor parte de su narrativa. Sobre esta particularidad él afirmó: «Al fin de cuentas, mi patria no es la lengua, ni la española no la francesa: mi patria es el lenguaje. O sea, un espacio de comunicación social, de invención lingüística; una posibilidad de representación del universo, de modificarlo también, aunque sea mínima o marginalmente, por el lenguaje mismo» (Jorge SEMPRÚN, 1994, “Una tumba en las nubes”, en *Pensar en Europa*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 146).

² Utilizo la expresión de Karl, Weintraub, 1975, “Autobiography and Historical Consciousness” (ed. esp. “Autobiografía y conciencia histórica”, Barcelona, *Anthropos*, Nº 29, 1991, p. 19).

³ Me referí a ellos en trabajos anteriores: Mirtha RIGONI, “Estrategias de la memoria en tres relatos de Jorge Semprún: *El largo viaje*, *Aquel domingo* y *La escritura o la vida*”, en: *Actas del 1er. Congreso Internacional Celehis de Literatura*. Centro de letras hispanoamericanas. Universidad Nacional de Mar del Plata, 2002. Edición en CD-ROM; y “La exclusión y la guerra en relatos de Juan Goytisolo, Antonio Muñoz Molina y Jorge Semprún”, en: Ma Carmen Porrúa (ed.), *Sujetos a la literatura. Instancias de subjetivación en la literatura española contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 2008.

⁴ Las citas de este trabajo pertenecen, en el caso de *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, a la edición de Tusquets Editores, Barcelona, 2001; de *La escritura o la vida*, Tusquets Editores, Barcelona, 1997 y de *Aquel domingo*, a la edición de Planeta, Barcelona, 1981 Cabe señalar que los traductores, son, respectivamente, Carlos Pujol, Thomas Kauf y Javier Albiñana.

relatos tratan de ahondar en lo que Giorgio Agamben (2005) denomina la dimensión comprensiva⁵.

- No relegan a un segundo plano los aspectos estéticos, sino que insisten en la importancia del artificio literario para transmitir la verdad del testimonio.
- Lo metatextual es relevante: en estos relatos se reflexiona extensamente sobre la forma en que debe narrarse la experiencia con el fin de transmitir lo esencial.
- Hay múltiples referencias intratextuales (menciones de relatos anteriores del autor y alusiones a episodios que allí aparecen) e intertextuales (sobre todo de textos literarios y filosóficos, a través de citas y alusiones y generalmente con el fin de explicar por qué fueron posibles los campos de exterminio y revelar, principalmente a partir de las experiencias de los deportados, algunos aspectos de la condición humana).
- Se observa una postura individualista, en el sentido de que se subraya la singularidad de la experiencia personal por encima de la integración en una identidad colectiva –la identidad propia de los prisioneros políticos o los prisioneros españoles, por ejemplo–.
- Con respecto al tiempo narrado, son constantes las analepsis y las prolepsis, las pausas en la acción donde se hacen comentarios que introducen la mención de circunstancias diversas ocurridas en otros tiempos y lugares, y la narración de un mismo episodio de manera reiterada pero agregando distintas reflexiones sobre él.

Semprún publica su primera novela, *El largo viaje*, dieciocho años después del final de la guerra. Si bien se alude a Buchenwald allí, lo central es la travesía en tren hacia el campo, la narración de hechos posteriores a la liberación y de episodios previos vinculados al paso por la resistencia francesa del protagonista, el republicano llamado Gérard, alter ego del autor⁶. Dieciocho años más tarde se publica *Aquel domingo*, donde el narrador, conocido por sus nombres falsos, Gérard, Camille, Federico, Rafael o Ramón, se reencuentra en 1960 con un compañero del campo quien evoca las vivencias compartidas. Al protagonista, este relato le parece confuso y propone hablar de un domingo de invierno en Buchenwald. Pero las digresiones son constantes, y el texto avanza principalmente hacia otros rumbos, por ejemplo el destino de los compañeros comunistas que fueron procesados, condenados y enviados a los campos de concentración soviéticos.

Es en *La escritura o la vida*, escrita quince años después, donde encontramos por primera vez un narrador protagonista llamado Jorge Semprún, quien parece haber podido resolver la disyuntiva entre recordar y escribir sobre esa experiencia con el riesgo de no poder soportarlo, o bien olvidar para seguir viviendo. Evoca entonces su encuentro con unos oficiales británicos el día de la liberación del campo y, a partir de allí, otros hechos previos sin temor a revivir la muerte, asumiendo mediante una labor de ascesis los recuerdos dolorosos porque «los aparecidos tienen que hablar en el lugar de los desaparecidos, a veces, los salvados en el lugar de los hundidos» (p.154)⁷. Por supuesto este, al igual que los demás relatos, también se ocupa de acontecimientos anteriores y posteriores a la reclusión en ese campo de exterminio indirecto, por trabajos forzados. El olvido selectivo –de lo que no considera relevante– reemplazará ahora al olvido evasivo, de huida⁸.

⁵ Agamben señala que los historiadores han podido comprobar los detalles mínimos de lo ocurrido en los campos de concentración nazis; sin embargo, la dimensión comprensiva aún no se ha resuelto (Giorgio AGAMBEN, *Lo que queda de Auschwitz*, Barcelona, Pre-Textos, 2005).

⁶ Gérard Sorel fue, en realidad, uno de los nombres falsos que usó Semprún cuando estaba en la resistencia francesa. Otros nombres que aparecen en sus textos tienen que ver con esta actividad o con la época en que era dirigente del Partido Comunista español y vivía en la clandestinidad durante el franquismo (Camille Salagnac, Federico Sánchez o Ramón Barreto por ejemplo).

⁷ Nótese la alusión a Primo Levi, sobreviviente de Auschwitz, quien publicó *Los hundidos y los salvados* en 1986 y se suicidó al año siguiente.

⁸ Paul Ricoeur señala que los modos selectivos del olvido son inherentes al relato y a la constitución de una „coherencia narrativa“. «Dicho olvido es consustancial a la operación de elaborar una trama: para contar algo, hay que

Pero lo más importante no se vincula con los hechos concretos; dice el narrador que es necesario «conseguir superar la evidencia del horror para tratar de alcanzar la raíz del Mal radical» (p.103), porque lo esencial tendría que ver entonces con la experiencia concreta del mal absoluto⁹. Entonces explica sucintamente la teoría del mal radical, expuesta por Kant en *La religión dentro de los límites de la razón*. Según la misma, el hombre, dentro de su libertad, puede producir tanto el bien como el mal (por lo tanto, este último no sería inhumano). Cita también a André Malraux, quien en *La lutte avec l'ange* afirma que el mal absoluto y la fraternidad son fuerzas en pugna en el interior del ser humano.

Luego de seis años se publica *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, texto del que quisiera ocuparme particularmente.

En entrevistas recientes Semprún ha señalado que la literatura asumirá la tarea no menor de perpetuar la memoria de los campos de exterminio cuando ya no queden más testigos vivos, porque es posible recrear la experiencia aun sin haber pasado por ella. Pero por otra parte, los que sí vivieron en los campos no pueden soslayar la importancia del artificio literario para hacer efectiva la transmisión del testimonio. El escritor español ya había aludido anteriormente a la honda impresión que le causó la lectura de *¡Absalón, Absalón!* cuando hacía unas guardias nocturnas en el lugar al que lo habían destinado porque sabía alemán: la oficina que organizaba la distribución de la mano de obra deportada entre los diferentes lugares de trabajo; en *La escritura o la vida* se dice que en esa novela William Faulkner logra una «reconstrucción aleatoria del pasado: de su densidad, de su opacidad, de su ambigüedad fundamentales», y el efecto es una narración «hacia atrás, hacia el pasado, en una espiral vertiginosa. La memoria es lo que cuenta, lo que gobierna la acción profusa del relato, lo que lo hace avanzar...» (p.182). Este modelo que había servido para construir los relatos anteriores, vuelve a funcionar en *Viviré con su nombre*... donde se dedican incluso algunas páginas a *¡Absalón, Absalón!* y a *Sartoris*.

A través del artificio literario, se pretende mostrar verdad del testimonio, su significación. Semprún explica que si bien a veces utiliza los nombres y apellidos reales porque le interesa la verdad histórica, también inventa personajes, cambia nombres, reúne los rasgos de más de un individuo en un personaje siempre que resulte verosímil.

El narrador evoca una ocasión en la que, por algún motivo que desconocía, la oficina de la Gestapo en Buchenwald lo estaba buscando; entonces, ayudado por otros prisioneros, ocultó su identidad haciéndose pasar por un compañero moribundo:

Me habían obligado a tenderme al lado del moribundo cuyo lugar iba a ocupar si era necesario. Yo viviría con su nombre, él moriría con el mío. En resumidas cuentas, él me iba a dar su muerte para que yo pudiese seguir viviendo. Intercambiaríamos nuestros nombres, lo cual no es poco. Con mi nombre, él se convertirá en humo; con el suyo yo sobreviviré, si es posible.

(p. 167)

Por esta circunstancia asiste a la muerte de un joven de su edad que no había soportado el duro trabajo y los malos tratos. Con este muchacho, llamado François, a quien había conocido en las letrinas colectivas, Semprún en cierta medida se identifica: ambos eran estudiantes de filosofía y conocían de memoria algunos poemas de Rimbaud. De hecho ese joven puede emerger del abandono en el que se encuentra cuando se pone a recitar un poema desde el verso olvidado por el protagonista. Luego, la muerte del otro, que bien podría haber sido la de uno

omitir numerosos acontecimientos, peripecias y episodios considerados no significativos o no importantes desde el punto de vista de la trama privilegiada. La posibilidad de contar algo de otra manera es fruto de la actividad selectiva que integra el olvido activo en el trabajo del recuerdo» (Paul RICOEUR, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, p. 59).

⁹ En este sentido, su memoria se orienta hacia lo ejemplar. Para Tzvetan Todorov, los acontecimientos recuperados pueden ser leídos de manera ejemplar si uno se sirve del suceso para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes; el pasado se convierte entonces en principio de acción para el presente, permite estar alerta ante situaciones nuevas que puedan presentar cierta analogía y la memoria es entonces liberadora. Frente a esto, quedarse en la memoria literal convierte en insuperable el acontecimiento referido. (Tzvetan TODOROV, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 1995).

mismo, remite nuevamente al significado central de la experiencia: el mal radical y la experiencia de fraternidad como posibilidades humanas. Sobre esta idea vuelve con la mención de otras circunstancias, como las visitas a Maurice Halbwachs, profesor de Semprún en La Sorbona, quien yacía gravemente enfermo en un barracón. A ellas se había referido anteriormente en *Aquel domingo* y *La escritura o la vida*, donde la fraternidad está presente además en el acompañamiento del moribundo que entona una canción fúnebre hebrea o la mirada «pura y fraternal» (138) que posa el protagonista sobre la pila de cadáveres que se encuentran en un patio, junto al crematorio.

En *Viviré con su nombre...* los gestos fraternos provienen a veces de los compañeros del Partido Comunista: son ellos quienes urden el plan para ocultar a Semprún en la enfermería junto al muchacho que moriría con su nombre en caso de ser necesario; y es un corpulento joven ruso el que carga una piedra demasiado pesada para el protagonista, en un gesto «de pura bondad, es decir, casi sobrenatural. [...] un ejemplo de la radical libertad de hacer el bien, inherente a la naturaleza humana» (p.61). Sin embargo, más allá de reconocer las buenas acciones de estos individuos, Semprún reitera la crítica al comunismo que había hecho anteriormente: recuerda su entusiasmo adolescente ante el descubrimiento de Marx pero afirma que los marxistas lo sepultaron con una traición permanente, y alude a su «sordera voluntaria» (p.140) porque en Buchenwald no quiso escuchar a un ruso que conocía los presidios de Siberia.

Para Nicolás Grimaldi¹⁰, no es posible recordar un hecho pasado sin que el futuro de ese pasado se integre en el recuerdo: la memoria agrega al recuerdo el futuro de ese recuerdo. Por eso Semprún no puede evitar las referencias a los campos estalinistas. En *Aquel domingo* menciona algunas lecturas hechas en los sesenta: los *Relatos de Kolyma* de Varlam Shalamov y de *Un día en la vida de Iván Denisóvich*, de Alexandr Solzhenitsin. Afirma entonces:

Solzhenitsin –dije– destruye de entrada la inocencia en que nos recreábamos. Regresábamos de los campos nazis, éramos buenos, los malos habían sido castigados, la Justicia y la Razón acompañaban nuestros pasos. Sin embargo, en aquel mismo momento, algunos de nuestros compañeros [...] marchaban a reunirse con Iván Denisóvich, a algún lugar del Extremo Norte.
(p. 371)

Y hacia el final de ese relato formula su proyecto:

Sabía que tendría que revivir mi experiencia de Buchenwald, hora a hora, con la desesperada certidumbre de la existencia simultánea de los campos rusos, del Gulag de Stalin. Sabía asimismo que la única manera de revivir aquella experiencia era reescribirla, con conocimiento de causa esta vez. Con la luz cegadora de los reflectores de la Kolyma iluminando mi memoria de Buchenwald.¹¹ (p. 372)

Probablemente la presencia en estos textos de un sujeto de la enunciación que, más que un representante de su grupo es un individuo con una experiencia única, se deba al propósito de justificación personal que subyace a los mismos: al mismo tiempo que se presenta como un

¹⁰ Véase de este autor *Ontologie du temps. L'attente et la rupture*, Paris, PUF, 1993.

¹¹ Semprún se ha encargado de precisar diversas ocasiones lo que para él son las similitudes entre el nazismo y el comunismo. Veamos un ejemplo: «Por dolorosa que pueda ser para algunos, es preciso admitir esa discusión sobre la alteridad y la identidad de los dos sistemas de esencia totalitaria que han dominado el siglo. Dicho esto, la semejanza entre ambos sistemas es flagrante, si se examinan previamente sus aspectos formales y cuantitativos. Desde el punto de vista formal, y aun estructural, resulta evidente que ambos sistemas se basan en idénticas premisas: liquidación del pluralismo; partido único e ideología oficial del Estado; rigorismo moral y rechazo del arte moderno o experimental, calificado de “decadente”; culto al jefe y obediencia ciega *perinde ac cadáver*; odio a la disidencia, a toda desviación del pensamiento políticamente correcto, etcétera. Desde un punto de vista cuantitativo, ambos sistemas son igualmente comparables: su terrorismo de Estado ha causado, en ambos, millones de víctimas. Si dispusiéramos de estadísticas fiables, probablemente la Unión Soviética obtendría cierta siniestra ventaja sobre la Alemania de Hitler. El archipiélago Gulag ha producido probablemente más víctimas que el de los *Lager* nazis» (Jorge SEMPRÚN, 1999, “Fin de siglo, comienzo de milenio”, en *Pensar en Europa*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 236-237).

sobreviviente, el intelectual europeo da cuenta de su trayectoria política y explica su visión sobre algunos acontecimientos históricos clave del siglo veinte. Según Renato Prada Oropeza, esta posición individualista es más propia del yo autobiográfico que del yo testimonial¹².

Contribuyen a la construcción del perfil individual las referencias intertextuales, que en *Viviré con su nombre...* son profusas. Señalan identificaciones, preferencias, itinerarios de formación; las menciones de textos literarios y filosóficos avalan también la explicación del sentido de la experiencia. Además de aludir a sus lecturas de Kant y Malraux al referirse al Mal radical, el narrador menciona las *Investigaciones sobre la esencia de la libertad humana* de Schelling, las conversaciones con François sobre Blanchot, Camus y Merleau-Ponty, habla de Lukács, Heidegger, Husserl y Levinas.

El intertexto aparece además cuando Semprún expone versiones que considera distorsionadas sobre los campos o sobre este en particular, y responde intentando rectificarlas: resume cartas recibidas que planteaban si no se habría exagerado al describir las condiciones de vida allí, o a la idea de que los testigos son molestos, o que deben mostrar cierto sentimiento de culpa por el mero hecho de haber sobrevivido.

Pero entre todas las referencias intertextuales, ocupan un lugar particular las alusiones a poetas y textos poéticos. Semprún menciona y a veces cita a Baudelaire, Válerly y Rimbaud, y entre los poetas de lengua española, a García Lorca, Alberti, Hernández, Machado, Cernuda y César Vallejo. Cuenta que cuando debía despertarse a la misma hora que su compañero Sebastián Manglano, ambos corrían hacia los lavabos recitando a los gritos poemas españoles de la guerra civil, y dice que este era un modo eficaz de empezar una nueva jornada de hambre y cólera. O bien se refiere al vínculo de la poesía con la intimidad y la identidad: «Un solo hilo, íntimo y misterioso, unía aún la lengua de mi infancia a la vida real, el hilo de la poesía» (pp. 100 y 101), y más adelante: «[...] en cualquier circunstancia uno podía abstraerse de la inmediatez hostil del mundo para aislarse en la música de un poema».

Estas últimas consideraciones permiten introducir el tema del tiempo en este relato. En cuanto al tiempo narrado, señalé anteriormente que desde *El largo viaje* Semprún no presenta los hechos de manera cronológica, sino que hay frecuentes analepsis y prolepsis, alusiones a la vida antes y después de Buchenwald, desde lo inmediato posterior hasta el momento de la enunciación, y comentarios, reflexiones constantes a manera de digresiones tras las cuales se vuelve una y otra vez al episodio que les da pie. A través de enunciaciones enunciadas, por otra parte, se representan los recuerdos de otros prisioneros del campo que remiten a su vez tanto a otros tiempos como a otros lugares.

Pero en *Viviré con su nombre...* es especialmente significativo el tiempo vivido, y este solo adquiriría cierta calidad en los momentos en que era posible huir de la mirada de los otros o bien cuando se generaba una especie de comunión entre los prisioneros. En esas ocasiones, la poesía resultaba liberadora, no solo porque permitía la evasión sino porque propiciaba la fraternidad. El texto se inicia con el recuerdo de un domingo de diciembre, cuando el protagonista tiene por delante «una fracción apreciable de tiempo que no iba a pertenecer a los SS [...]. Uno podría cerrar los ojos al sol, imaginarse con qué llenar aquel tiempo disponible, milagro semanal» (p. 15-16). Algunos optaban por dormir.

También era posible hacer un esfuerzo, vencer el sueño atrasado, el cansancio de vivir, e ir a reunirse con unos compañeros. Recrear una comunidad, a veces una comunión, cuando ésta no era sólo la del pueblo natal o la de la guerrilla, del movimiento de resistencia; cuando era además política o religiosa [...] Intercambiar señales, unas palabras, noticias del mundo, gestos fraternales, una colilla de *machorka*, trozos de poemas. Briznas ya, restos supervivientes o dispersos, porque la memoria se desmenuzaba, menguaba. Los poemas más largos que se conocían de memoria, que se habían guardado en el corazón, *El barco ebrio*, *El cementerio marino*, *El viaje*, se reducían ya a unos pocos versos deshilvanados, sueltos. Por supuesto, más conmovedores aún porque emergían de la bruma de un pasado aniquilado. (p. 17)

¹² Véase Renato PRADA OROPEZA, *El discurso-testimonio y otros ensayos*, México, UNAM, 2001, pp. 20-21

A lo largo del relato el narrador evoca el hambre, el sueño y el frío como las principales causas del abatimiento y de la falta de energía. Hacia el final, se refiere también a otro motivo de sufrimiento: la promiscuidad, la falta de intimidad porque «ni un solo acto de la vida privada podía realizarse más que bajo la mirada de los demás» (pp. 209-210).

Considera que no hay nada peor que «la transparencia absoluta de la vida privada, cuando cada uno se convierte en el *big brother* del otro» (p. 210). Por eso resultaban tan importantes esas pequeñas fracciones de tiempo no controlado si uno lograba vencer el sueño, entonces se podía hacer alguna caminata que permitía el repliegue hacia uno mismo, «la efímera dicha de la soledad» (p. 211) En esos breves paseos, una manera de engañar la angustia que producía la constante exhibición era el recitado poético.

De esta forma, la poesía se plantea como una especie de plegaria del hombre que no es creyente, una suerte de conjuro contra el olvido de sí y el abandono, como un vínculo –débil, pero perdurable– con el pasado y la libertad. Por eso, en *Viviré con su nombre...* la literatura se presenta en la evocación de aquella experiencia personal y colectiva como parte fundamental de lo que García Morente¹³ denomina soledad activa, que no es temible ni angustiosa sino fecunda, y que permite, a través de ensimismamiento, el conocimiento de uno mismo y, en este caso, la resistencia.

Resumen de la comunicación

Los textos de carácter autobiográfico constituyen siempre una segunda lectura de la experiencia, una toma de conciencia, una atribución de sentido. En función de esto último, en los relatos de Semprún abundan las referencias intertextuales y metatextuales, y las reflexiones sobre el tiempo narrado, el tiempo vivido y el tiempo recordado. El presente trabajo pretende profundizar en los aspectos mencionados, considerando los relatos de Semprún sobre Buchenwald, particularmente *Le mort qu'il faut* (que fue traducido al español como *Viviré con su nombre, morirá con el mío*), así como algunos ensayos y del escritor.

Autobiographical texts always constitute a second reading of the experience, an awareness, a meaning attribution. According to this, Semprún's narrations show plentiful intertextual and meta-textual references, and reflections upon narrated time, experienced time and recalled time. This paper has the intention of deepening those aspects, considering Jorge Semprún's Buchenwald narrations, especially *Le mort qu'il faut* (translated into Spanish as *Viviré con su nombre, morirá con el mío*), and some of his essays.

¹³ Manuel GARCÍA MORENTE, “Ensayo sobre la vida privada”, en: *Estudios y ensayos*, Buenos Aires, Losada, 2005.